

Bibliografía

- BEUCHOT, Mauricio. *Filosofía y Derechos Humanos*. Madrid, Siglo XXI, 1993.
- INCA GARCILASO DE LA VEGA. *Comentarios Reales de los Incas*. Edición, prólogo, índice analítico y glosario de Carlos Aranibar. Lima, Fondo de Cultura Económica, 1991, 2 tomos.
- KAUFFMAN DOIG, Federico. *Historia General de los Peruanos*. Lima, Peisa, 1983.
- OLIVES PUIG José. *La Ciudad Cautiva: ensayos de teoría sociopolítica fundamental*. Madrid, Siruela, 2006.
- SUÁREZ, Luis. *Raíces cristianas de Europa*. Madrid, Palabra, 1987.
- YEPES STORK, Ricardo y ARANGUREN ECHEVARRÍA, Javier. *Fundamentos de Antropología*. Pamplona, EUNSA, 1983.

Ensayo

La idea del príncipe en Maquiavelo y Gracián

Manuel Prendes Guardiola

Universidad de Piura

Una comparación entre el tratadismo político de Niccolò Machiavelli (a quien nombraremos con la difundida variante castellana de su nombre) y el de Baltasar Gracián se presenta, desde un principio, profundamente condicionada por la diferente nacionalidad de cada uno y por los mismos cien años que los separan. El florentino escribe en una Italia dividida en múltiples estados, algunos dominados por el extranjero (España, Francia) y escenario otros de la agonía de las viejas libertades comunales ante el surgimiento de más autocráticas formas de gobierno como las de los “bárbaros” de allende los Alpes. El jesuita español, en cambio, compone su obra desde uno de los poderosos estados absolutistas europeos que, en contraste con la fragmentación nacional italiana, engloba en un complejo sistema distintos territorios y nacionalidades.

Aunque Maquiavelo atiende en su tratado político más famoso al príncipe que ejerce su poder personal lejos de la colegialidad de las ciudades-estado italianas, manifiesta también su fascinación por el individuo capaz de ascender al principado por sus méritos personales: busca un “príncipe nuevo”, un “hombre nuevo” que responda al espíritu de nuevos tiempos. Nada más lejos de la intención de Gracián, súbdito de una monarquía que ha logrado bajo la casa de Austria una sólida continuidad dinástica, y a cuya sombra, como en todos los grandes estados europeos del XVII, la alta aristocracia ha logrado afianzar el poder amenazado la centuria anterior por la presencia en puestos de gran responsabilidad de “funcionarios” o “técnicos” advenedizos de extracción social inferior como los secretarios del monarca.

La denominación de *técnico* es, de hecho, bastante adecuada para la concepción maquiavelista (evitaremos el negativamente connotado adjetivo “maquiavélico”) de la política, que en Gracián es más bien la propia de un *moralista*. Sin embargo, la filiación directa o indirecta del jesuita aragonés con respecto a Maquiavelo es una realidad, ya sea para negarlo o, aun estando muy lejos de reconocerlo, darle la razón.

Este vínculo se trasluce a primera vista en la elección por parte de ambos, entre tantos y tantos personajes posibles, de un modelo de gobernante que ofrecer a sus contemporáneos: el de Fernando II de Aragón (V de Castilla). El italiano, especialmente, en las páginas de su tratado *El príncipe*; el español, no sólo en su obrita expresamente titulada *El político Don Fernando el Católico*, sino también en importantes pasajes de *El Héroe* y *El Criticón*. A la manera en que la obra de ambos escritores y su valoración de una figura histórica conducen a elaborar la imagen del político ideal, y en qué cimientan uno y otro tal idealidad, se dedican las siguientes páginas.

De Maquiavelo y el antimaquiavelismo

Durante la Edad Media la reflexión sobre el Estado, sus orígenes y su organización subsistió en la literatura bajo la única forma de la relación personal entre el príncipe y sus vasallos. De hecho, un género prolongado con éxito incluso con posterioridad al Medievo, por autores como Erasmo de Rotterdam, Antonio de Guevara o Diego Saavedra Fajardo, será el de los tratados para la educación de los príncipes. El propio Nicolás Maquiavelo, quien habrá de acuñar la propia palabra “Estado” en su sentido actual y revolucionar la reflexión sobre la materia, recurrirá también para ello a la forma del “manual” para el consejo de los príncipes (Maravall, 1972-I: 33-34).¹ Claro que es preciso señalar que *Il Principe* debió de ser considerado por su autor tan sólo como un “borrador”, pues aunque circuló en copias manuscritas, no fue impreso hasta 1532, cinco años después de la muerte de Maquiavelo. Es decir, se trataba de un boceto destinado a su ampliación y cuyo título definitivo, conocido gracias a su correspondencia, habría sido *De principatibus*. Diferencia de matiz, entre ambos títulos, que no deja de ser significativa: probablemente Maquiavelo estuviera interesado, antes que en la educación o la descripción de un individuo concreto, en el funcionamiento de esa maquinaria de gobierno no subordinada a ningún hombre, donde el príncipe podrá ser símbolo o encarnación del Estado, pero no ya su propietario (Blanco, 1987: 356-357).

No obstante, como hemos dicho, el erudito florentino no estaba libre de ese condicionamiento genérico de los *specula principum*, como revelan desde la recurrencia asidua los ejemplos de varones ilustres de la Antigüedad (a los que añade, sin embargo, buen y mejor número de contemporáneos) hasta la adulación cortesana a los destinatarios más inmediatos de la obra, pertenecientes a la poderosa familia florentina de los Médicis: concretamente Lorenzo, duque de Urbino, y Giovanni, Sumo Pontífice en aquel momento bajo el nombre de León X. En cuanto a la primera característica, señala José Antonio Maravall (1972-I: 40) la progresiva importancia de los ejemplos “modernos”: las nuevas creaciones

¹ Referencias completas en Bibliografía al final.

políticas (las monarquías absolutas o las grandes repúblicas oligárquicas como Venecia) que tanto habrían de fascinar a quienes, como Maquiavelo, vivieron su ascenso, invitaban a imbuirse de admiración por los contemporáneos y de superioridad con respecto a los antepasados. Antes de la llegada del desengaño barroco, o incluso posteriormente, la tradicional y convencionalmente llamada “Edad Moderna” parecía orgullosa de sus conquistas.

Sin embargo, la comprobación del surgimiento de estos nuevos edificios sociales daba también lugar a la conciencia, obviada por muchos, de que el Estado

no es un producto espontáneo y eterno sino algo que, con el embate de duras crisis, se transforma, crece o disminuye, se ve potenciado o se destruye incluso (...) es obra humana, son los hombres los que lo hacen –y los que pueden deshacerlo–y, por tanto, (...) hay que prestarle un cuidado atento, como se vigila y se regula un mecanismo por el artesano (Maravall, 1972-I: 46).

Cuestionaría también Maquiavelo, en la línea común de los grandes humanistas, buen número de opiniones hasta entonces consideradas inamovibles. Del anterior fragmento de Maravall, por ejemplo, se deduce una primera negación del derecho divino de los monarcas. Escéptico con respecto al providencialismo imperante en las crónicas medievales, la conclusión que Maquiavelo extrae de su conocimiento de los antiguos y su observación de los modernos irá mucho más allá: la virtud política no va necesariamente unida a la virtud moral e, incluso, ésta puede resultar un obstáculo para aquélla.

La política como una disciplina independiente de las consideraciones morales sería posteriormente desarrollada por el también italiano Giovanni Botero, autor de *Della ragion di Stato*, quien además de aportar el nuevo término de la “razón de Estado” a la reflexión política, llevaba a su último extremo, con mayor audacia que Maquiavelo, la primacía del Estado como entidad primordial a cuyo servicio debe someterse cualquier otro tipo de consideraciones. De igual manera que ambos italianos, sería también discutido y denigrado el francés Jean Bodin (Bodino), el más destacado de entre todos los *politiques* franceses que buscaron reforzar el poder real (y la idea de la tolerancia) por encima de la religión y de las leyes nacionales, durante la turbulenta época de las guerras de religión en su país.

En todo caso, la salida fue dada por Maquiavelo, cuya figura pasó a ser emblema de una concreta y, en general, poco elogiada (pensemos en la actual carga semántica del adjetivo “maquiavélico”) manera de entender el funcionamiento de la sociedad. De aquí que la historia del maquiavelismo lo sea también, simultáneamente, de un antimachiavelismo orientado contra la “mala influencia” ejercida por la obra, que no se hizo esperar tras

su primera edición. Fue incluida en los *Índices* de libros prohibidos emitidos en Roma: el de Pablo IV en 1559 y el de Pío IV en 1564. Esto no habría de impedir la lectura de Maquiavelo a defensores ni a detractores (Puigdoménech, 1999: 34), y en este sentido España resultó también un país a la cabeza de la cultura de su tiempo, puesto que en ella al prohibido autor

se le conocía bien y se le citaba mucho, implícita o explícitamente, directa o indirectamente. No sólo le conocían los tratadistas políticos y los teólogos, sino que –y esto es quizás más importante– los diplomáticos, los hombres de gobierno, los mismos reyes estaban familiarizados con sus ideas y con su obra y con frecuencia parecen seguir de cerca algunos de sus consejos o compartir más de una de sus opiniones (Puigdoménech, 1999: 34-35).

Efectivamente, aparte de las traducciones e imitaciones de la obra del florentino², el estrecho contacto que en los siglos XVI y XVII existiera entre España e Italia hacía innecesarias incluso dichas vías para la adquisición y la lectura de la obra maquiavelista, presente en numerosas bibliotecas incluso después de las prohibiciones inquisitoriales. Estas, dicho sea de paso, se retrasaron algo con respecto a las condenas vaticanas, puesto que el famoso *Índice* del inquisidor Valdés (emitido el mismo año que el de Paulo IV) no citaba en ningún momento a Maquiavelo, situación que se prolongará hasta los nuevos índices, inspirados por el cardenal Quiroga, de 1583 y 1584. Quizá esta falta de condenas al maquiavelismo a lo largo de la mayor parte del XVI se deba, como sugiere Francisco Tomás y Valiente (1982: 24), a que hubiera resultado incómodo para la monarquía hispánica, en su período de plena expansión, la condena de unos métodos a cuya puesta en práctica debía su transformación en el más poderoso estado de Occidente.

Las principales figuras del pensamiento político del Barroco español intentaron, como reacción ante la maquiavelista “autonomía” de la ciencia política, “reconciliar” ética y política. No sin dificultad se han distinguido tres corrientes de pensamiento impregnadas de este afán: el moralismo, el tacitismo y el casuismo³. A la primera se debe el intento de dar un nuevo sentido al difundido término boteriano de “razón de Estado”, a la que habrían de oponer una “verdadera razón de Estado” que sería no digo conciliable con la moral y la religión, sino directamente sujeta a ellas: en términos medievalizantes, una *ancilla moralis theologiae* (Tomás y Valiente, 1982: 24). La política queda reducida a una cuestión de moral personal de aquéllos que están destinados a conducirla (¿quiénes? la cuestión no será

² En 1552 había aparecido en Medina del Campo una traducción de los *Discursos*, dedicada al príncipe Felipe (el futuro rey Felipe II). En 1536, Diego de SALAZAR publicaba en Alcalá un *Tratado de re militari* que no es sino una paráfrasis, en su mayor parte, del *Arte della guerra* de Maquiavelo.

³ Véase José Antonio MARAVALL (1969), para una formulación y estudio más detallados.

muy discutida), línea bastante alejada de la realidad⁴ y en la que se insertaría la obra de Quevedo *Política de Dios, gobierno de Cristo y tiranía de Satanás*, donde se presenta la imitación de Jesucristo como el único ideal viable para el príncipe cristiano. De lo malogrado de este objetivo –convertir los Evangelios en un manual paradigmático de ciencia política– hace una buena síntesis Jorge Luis Borges en cierto prólogo de 1948:

Los cuarenta y siete capítulos de ese libro ignoran otro fundamento que la curiosa hipótesis de que los actos y palabras de Cristo (que fue, según es fama, *Rex Judaeorum*) son símbolos secretos a cuya luz el político tiene que resolver sus problemas. Fiel a esa cábala, Quevedo extrae, del episodio de la samaritana, que los tributos que los reyes exigen deben ser leves; del episodio de los panes y de los peces, que los reyes deben remediar las necesidades; de la repetición de la fórmula *sequebantur*, que “el rey ha de llevar tras sí los ministros, no los ministros al rey”... El asombro vacila entre lo arbitrario del método y la trivialidad de las conclusiones. (Borges, 2007: 135).

En cuanto al *tacitismo*, es visto por Tomás y Valiente como un seguimiento disimulado de Maquiavelo, escudado tras el silenciamiento de este nombre y la apelación al prestigio y la autoridad de un clásico como el historiador romano Cornelio Tácito, de quien, pasando por el innombrable “filtro” maquiavelista, adoptarían autores como Bartolomé Álamos de Barrientos principios entre los que se encuentran el de la relación problemática entre la moral y la política, y la visión de ésta como una “ciencia experimental” basada en la Historia.

El *casuismo*, por su parte, hallará su origen principalmente en la teología jesuítica del momento, huyendo de los preceptos universales en beneficio de un casuismo metódico. Aunque no reconozca la autonomía de la política, sitúa los límites éticos de ésta en “la ocasión”, con una perspectiva pragmática que los acercaría a Maquiavelo. Y, aunque el elemento más importante de su pensamiento sea el de la voluntad de “educar al príncipe”, habrán de poner en ello elementos más ricos que el de la quevedesca “imitación de Cristo”, que sólo muy retorcidamente podían ser aplicadas al ejercicio de la política. Baltasar Gracián y Diego Saavedra Fajardo se encontrarán entre los más importantes tratadistas de esta corriente.

⁴ “Nótese que esta insistencia en el moralismo y en la reducción de la política a cuestión moral implica tácitamente la renuncia, o la imposibilidad, de ejercer contra el rey otros controles menos difusos y más seguros, menos íntimos y más públicos, menos confiados a la bondad personal del rey y más sólidamente contruidos con resortes institucionales. Y es indudable que todas las recomendaciones moralizadoras eran impotentes para frenar el poder.” (TOMÁS Y VALIENTE, 1982: 25).

Fernando el Católico, modelo de príncipes

En vista de la insuficiencia del modelo quevedesco, los teóricos del arte de gobernar pasan a buscar otros reyes ejemplares cuyo reino sí sea de este mundo: cobrará nueva fuerza entonces la figura de Fernando el Católico, cuya labor política ya en vida había suscitado admiración universal. Con diferencias de matiz: el Fernando de Maquiavelo es el “príncipe nuevo”, un personaje contemporáneo que logra *establecer* una nueva manera de hacer política. El de Gracián, en cambio, es ya el fundador de un Estado presente, amenazado por nuevos problemas, y gracias a cuyo ejemplo el jesuita aragonés confía en *restablecer* la antigua grandeza, del mismo modo que el propio Fernando (según una interpretación muy en boga por entonces) había restaurado la unidad y la grandeza del reino de los godos.

Aún hoy, Fernando el Católico aparece ante la historia como una figura excepcional,⁵ protagonista y director del fin de la España medieval mediante la unión personal de sus dos grandes entidades políticas (el reino de Castilla y la corona de Aragón) y la conquista posterior de los reinos de Granada (último estado musulmán de la Península, definitivamente ocupado en 1492) y de Navarra (en 1512). Su largo reinado (1479-1516) presenciaria también la configuración de un primer Estado moderno que, si bien no fue “centralista”, sí estuvo “centralizado” en cada reino merced a una administración que supo someter las facciones nobiliarias o populares. Por último, Fernando de Aragón puso en marcha una política exterior que habría de determinar los siglos posteriores de la Historia española, bien a través de la diplomacia, mediante sus alianzas y políticas matrimoniales, o bien por la fuerza gracias a una innovadora y temible fuerza militar que triunfaría en las guerras de Italia.

La admiración de Maquiavelo por Fernando habría de determinar para la posteridad diversas imágenes del monarca, tanto entre quienes prolongaron la visión maquiavelista (en clave de elogio, pero también de invectiva) como entre quienes trataron de “redimir” de ella al Rey Católico. También el pensamiento político español del Barroco alcanzó amplia difusión internacional,⁶ así que podemos decir que a lo largo del siglo XVII

⁵ Prescindiremos aquí de tratar de la figura de su consorte Isabel, universalmente elogiada durante los primeros siglos aunque siempre subordinada –como mujer, por otra parte– a la figura de Fernando, a quien eclipsó sin embargo a partir del siglo XIX. El de los Reyes Católicos fue sin duda un equipo de gobierno bien coordinado, pero aquí es reseñable que, de 1504 a 1516, fue el viudo Fernando el único en regir la monarquía, y que la política exterior de ésta (la que, al fin y al cabo, impuso la presencia española en el mundo de Maquiavelo) fue de clara inspiración aragonesa.

⁶ Por ceñirme tan sólo a Gracián, señalaré que *El Político* fue traducida al francés, italiano, holandés, alemán, polaco y sueco; *El Héroe*, al francés, italiano e inglés (EGIDO, 1985: LVIII).

la dimensión histórica de Fernando de Aragón fue atentamente estudiada en toda Europa.

Cuando se ha considerado a este rey como “maquiavelista” o “maquiavélico”, se ha pretendido ver en él una especie de íntegro seguidor de los (aún no formulados) consejos del florentino, o bien en *El Príncipe* una especie de glosa de los hechos de Fernando. La correspondencia no es tan exacta ni tan simple: Maquiavelo es un pragmático a quien interesan menos las doctrinas o los principios que la *eficacia* en los logros. Por tanto, poco le importa que, por ejemplo, el Rey Católico haya seguido a la Iglesia o la haya sometido a sus fines, o que haya sido más amado o más temido de sus vasallos: la verdadera importancia del personaje reside en “su saber alcanzar un fin calculadamente, o lo que es lo mismo, su capacidad de hacer bien aquello que se proponía hacer, por tanto, su gran arte, su condición de técnico de la política” (Maravall, 1972-I: 51).

También podríamos añadir que reside en la *diversidad*, tanto de la obra efectuada por Fernando el Católico como de los métodos empleados. Maquiavelo y Gracián elogian a buen número de príncipes: por mencionar tan sólo a los contemporáneos de cada autor, Maquiavelo presenta también como objeto de su interés y simpatía a Luis XII de Francia, los papas Alejandro VI y Julio II o, por encima de todos ellos, al famoso César Borja, hijo de Alejandro VI. De Gracián, dentro del aluvión de ejemplos insertos en sus obras, son destacables los príncipes de la casa de Austria, tanto los reyes (incluyendo a su destinatario, aconsejado y adulado Felipe IV) como el cardenal-infante don Fernando y el señor don Juan José de Austria⁷. Rico cada uno en prendas muy concretas, sin embargo, son en su conjunto superados por Fernando el Católico, quien parece reunir absolutamente todas, sabiendo mudarlas siempre en la ocasión más oportuna. En palabras de Ángel Ferrari:

Si en los comienzos de la actividad observadora de Maquiavelo el valor de la nuda fuerza en la política lo representó Luis XII de Francia, y César Borgia encarnó el virtuosismo político por sí, en la plenitud de su producción literaria, estética y dilemáticamente modelado su más completo concepto de la política, Fernando el Católico, que no conoció el fracaso, representó para el florentino la perfección política total, encarnada en acción o empresa y en organización de poder (1945: 86).

Dispensos a lo largo de *El príncipe* los comentarios a la acertada política del monarca aragonés, la enumeración de sus logros y su valoración como “príncipe nuevo” aparecen intensamente expuestas en el primer párrafo del

⁷ Príncipes estos dos en quienes se aprecia su “especialización” como soldados y delegados de sus reyes: estamos ya, como se ha dicho al comenzar el artículo, en una época en que no habría de ser tan bien visto un ascenso mediante el esfuerzo personal, sino por gracia especial del único Príncipe legítimo.

capítulo XXI. En cuanto a Baltasar Gracián, hace explícita en más de una ocasión su visión de Fernando como síntesis arquetípica de las dotes del gobernante. Así en los siguientes fragmentos de *El Político* y *El Criticón* (III, Crisi VI):

Las [empresas] del valor fueron plausibles en Carlos V; las de la justicia, urgentes en Felipe II; las de la religión, gloriosas en Felipe III; las del gobierno, heroicas en Felipe IV el Grande, y todas juntas en Fernando (Gracián, 1993-II: 75).

... en otra oficina atendieron cómo estaban forjando cien hombres de uno, cien reyes de un Fernando el Católico, y aun le quedaba sustancia para otros tantos (Gracián, 1993-I: 552).

Pasaré ahora más pormenorizadamente a apreciar los más importantes puntos del arte de gobernar según la apreciación de Maquiavelo y Gracián, y su aplicación al caso concreto de Fernando el Católico.

Fundación, engrandecimiento y conservación del Estado

Ya he observado anteriormente que, mientras que Maquiavelo prestó gran atención al proceso de *fundación* del nuevo estado, Gracián habría de dedicar la mayor parte de su discurso a la *conservación* del poder por parte del príncipe. La clave de esta diferencia nos la proporcionan una vez más las distintas realidades históricas de ambos, y la explicita el mismo Maquiavelo (1999: 74-75) al exponer el planteamiento de su tratado, diferenciando entre principados hereditarios y nuevos que

en los estados hereditarios y acostumbrados al linaje de su príncipe hay menos dificultades en mantenerlos que en los nuevos, porque basta con no descuidar el orden establecido por sus antepasados e ir adaptándose a los acontecimientos según los casos (...) Porque el príncipe natural tiene menos motivos y menos necesidad de ofender, de donde resulta que es más amado por sus súbditos; y si no tiene ningún vicio extraordinario que lo haga odioso, es lógico que naturalmente sea querido por sus súbditos.

Ni la España del tiempo de Maquiavelo podía permitir la aparición de nuevos príncipes, ni la misma Italia de la centuria siguiente (bajo el férreo dominio de los españoles, junto con el del Pontificado y Venecia como estados ya consolidados) era ya campo abonado para aventureros como César Borja o Francesco Sforza. Hasta tal punto estaba asumida la relación rey-súbdito en la monarquía hereditaria y absoluta de España, que jamás se cuestionará su origen o su sustitución. Gracián, pues, aborda la cuestión de la *conservación* del patrimonio heredado: “Con el valor se consiguen las coronas, y con la prudencia se establecen (...). No tengo yo por fundador de

una monarquía al que la dio cualquier principio imperfecto, sino al que la formó" (Gracián, 1993-II: 50-51).

La dualidad entre adquisición de nuevos estados y su conservación aparece también en *El Criticón*, en la visita que hacen los protagonistas a la "Armería del Valor" (Segunda parte, Crisi VIII), donde se admiran una espada del Rey Católico y un arnés de Felipe III, "aquella para adquirir, y éste para conservar". Sin embargo, se extenderá poco más adelante a propósito de Felipe III, puesto que "es mucho más el conservar que el conquistar" (Gracián, 1993-I: 354). Ambas acciones, sin embargo, pueden ser unidas, pues tanto para Maquiavelo (como manifiesta en el ya citado capítulo XXI de *El Príncipe*) como Gracián⁸ se habrán de referir al sostenimiento de la guerra lejos de las fronteras propias como un método fiable para mantener la paz interna.

Un criterio de conservación del Estado será para Maquiavelo, en el caso de los principados adquiridos (que tampoco habrían de faltar en la monarquía hispánica), el de respetar las antiguas leyes y los impuestos, "de tal manera que en poco tiempo se convierta, uniéndose con el principado antiguo, en un solo cuerpo" (Maquiavelo, 1999: 77). Y, en el caso de que la diferencia con el territorio conquistado sea de distinta lengua y costumbres, propone la presencia directa del príncipe en el nuevo territorio y la colonización con gentes de su lugar de origen (¿tendría presente la repoblación cristiana del reino de Granada?). Se impone, en todo caso, la *unidad interna* como un imperativo para conservar el Estado.

Los reinos de los Austrias, en su mayor parte hereditarios, se caracterizaban por su heterogeneidad de leyes, lenguas y nacionalidades. La unidad que los monarcas aparentemente más se preocuparon de imponer era la religiosa, como trataremos más adelante. Tal realidad hacía, desde luego, difíciles las soluciones propuestas por el florentino (aunque Gracián muestra una profunda confianza en la presencia física del príncipe, sobre todo en los asuntos de guerra), pero el jesuita aragonés no se molestará en aportar alternativas. Se limita, simplemente, a proponer el modelo de Fernando como el hombre de mérito que supo unir reinos tan disímiles⁹.

⁸"No deshizo sus escuadrones Fernando, acabada en España su envejecida guerra (...) mudóles el palenque y, echando fuera de España las armas, hizo de ellas muralla viva a sus reinos" (GRACIÁN, 1993: 70).

⁹"hay también grande distancia de fundar un reino especial y homogéneo dentro de una provincia al componer un imperio universal de diversas provincias o naciones. Allí, la uniformidad de leyes, semejanza de costumbres, una lengua y un clima, al paso que lo unen en sí lo separan de los extraños. Los mismos mares, los montes y los ríos le son a Francia término natural y muralla para su conservación. Pero en la Monarquía de España, donde las provincias son muchas, las naciones diferentes, las lenguas varias, las inclinaciones opuestas, los climas encontrados, así como es menester gran capacidad para conservar, así mucha para unir" (GRACIÁN, 1993-II: 51).

Recuérdese que *El Político* se escribe en pleno valimiento del conde-duque de Olivares, cuyo intento de anular las particularidades de los reinos periféricos desembocó en las sublevaciones de Cataluña y Portugal: así, la evocación de Gracián (aragonés como el propio Fernando, es decir, no castellano) adquiere un carácter de advertencia al soberano.

Pragmatismo, audacia y planificación

Como ya se ha indicado, si algo define el maquiavelismo en sentido estricto es la actitud *pragmática* de la actividad política: la eficacia es el valor supremo al que deben someterse cualquier otro tipo de consideraciones, morales incluso, con el fin de evitar males mayores. La crueldad, la mentira, la doblez, no son siempre medios *necesarios* para el gobierno, pero el príncipe no debe retroceder ante ellos si así resultaran. Y esta conclusión del secretario florentino viene de haber construido su teoría prescindiendo de principios generales y atendiendo a realidades comprobables por la historia y la experiencia personal (rechazará explícitamente, en el capítulo XV de *El Príncipe*, a quienes imaginan “repúblicas y principados que nunca se han visto”). Hay una cierta contradicción aquí, de todos modos, porque al fin y al cabo Maquiavelo no hace sino ofrecer a los príncipes una serie de consejos “generales” de gobierno basados en una experiencia, aunque amplia, limitada por la circunstancia geográfica e histórica. Varios tratadistas del Barroco español, como López de Vega o Mártir Rizo le hicieron ese reproche (Maravall, 1969: 216-217); la casuística y el moralismo de la teoría política de este tiempo procederán, justamente, de que interesa más educar al príncipe como individuo, puesto que la realidad es irreductible a fórmulas generales.

Claro que, en su obra, Maquiavelo va más allá de ofrecer una serie de consejos y de ejemplos prácticos. Es plenamente consciente de cómo se conjugan en las empresas humanas, aparte de la voluntad personal, la imprevisible fortuna, y ante ambos factores el príncipe debe saber combinar la cautela con la audacia: sus emblemas serán, simultánea y respectivamente, la zorra y el león. De ese saber plegar los designios a los cambios de la fortuna y encauzar los acontecimientos en provecho propio, ya sea con la astucia, ya con la fuerza, surge el concepto de *virtud* maquiavelista.

El pragmatismo gracianesco se basa también en el aprovechamiento de la inteligencia humana ante lo que ya no se llamará “fortuna” (tal vez por relativizar o desmitificar el concepto; Maravall, 1969: 199) sino *ocasión*, que según las circunstancias requerirá un tipo de aptitudes diferentes en el gobernante, y ante la que éste deberá estar siempre apercebido:

Gobernó [Fernando el Católico] siempre a la ocasión, el aforismo máximo de su política. Corresponder el genio del príncipe al estado de la

monarquía es suerte; violentarse, o templarse con él, prudencia. Tiene lo primero la ventaja de connatural, y con la facilidad asegura la duración; merece lo segundo la gloria de la industria.

Pero el ajustar el príncipe su inclinación a la disposición de la monarquía es preciso, o por naturaleza o por arte.

En un tiempo se desea un príncipe guerrero, y en otro un pacífico; la infelicidad está en trocarse las veces, en encontrarse las contingencias (Gracián, 1993-II: 66)

Son varias las empresas de un rey, y todas ellas heroicas. Hanse de abrazar (...) no por elección, sino por ocasión (id.: 75).

Maquiavelo se revela en su libro como un hombre de acción, partidario siempre de la resolución y actuar de manera rápida y expeditiva. Sea mediante el uso de la fuerza o de la astucia, el príncipe no debe vacilar en llevar a cabo sus planes, e intentar adelantarse siempre a la fortuna antes que ocurra al contrario. Así lo expresará con símil canallesco:

Yo creo firmemente esto: que es mejor ser impetuoso que circunspecto, porque la fortuna es mujer, y es necesario, queriéndola doblegar arremeter contra ella y golpearla. Y se ve que se deja vencer más fácilmente por éstos que por los que actúan con frialdad; ya que siempre, como mujer, es amiga de los jóvenes, porque son menos circunspectos, más feroces y la dominan con más audacia (Maquiavelo, 1999: 174)

También Gracián, en *El Político*, vinculará las ideas de conquista y conservación, guerra y diplomacia, respectivamente, con los estados de mocedad y vejez. Más equilibrado se habrá de mostrar Gracián entre el león y la raposa, para decantarse más bien hacia la prudencia. Ilustro esta vacilación con dos fragmentos de *El Criticón*, su obra más conocida, y posterior en diez años a *El político*:

¿Qué hiciera la fortaleza sin la prudencia? Que por eso en la varonil edad está en su sazón, y del valor tomó el renombre de varonil; es en ella valor lo que en la mocedad audacia y en la vejez recelo: aquí está en un medio muy proporcionado (Gracián, 1993-I: 351)

... pues aunque concurran en un varón todas las demás ventajas de sabiduría, nobleza, gracia de las gentes, riqueza, amistad, inteligencia, si el valor no las acompaña, todas quedan estériles y frustradas. Sin valor, nada vale, todo es sin fruto; poco importa que el consejo dicte, la providencia prevenga, si el valor no ejecuta. Por eso la sabia naturaleza dispuso que el corazón y el cerebro, en la formación del hombre, comenzasen a la par, para que fuesen juntos el pensar y el obrar (id.: 361).

La guerra

En ningún ejercicio principesco como en el de las armas entran en juego, para uno y otro autor, las cualidades del príncipe, ni el equilibrio entre valor y planificación. Si Maquiavelo, en su otro célebre tratado *Arte della guerra*, resucita y actualiza el riguroso y metódico orden de las legiones romanas historiado por Livio, también es cierto que se muestra partidario de la acción rápida y resolutive¹⁰. Siguiendo el desarrollo histórico de la Guerra de Granada (vista ya por el propio Maquiavelo como una preparación de las posteriores empresas de Fernando el Católico), es posible apreciar la evolución desde la tradicional táctica del medioevo, con la audaz cabalgada del Marqués de Cádiz sobre Alhama en 1481, hasta las grandes operaciones sistemáticamente planificadas, bajo el mando único del rey, destinadas a la ocupación definitiva del territorio y en las que la artillería, los ingenieros y la infantería (milicias burguesas en muchos casos) comienzan a restar protagonismo a la caballería feudal.

Tanto para Maquiavelo como para Gracián, la milicia resulta el más sólido cimiento del Estado. Más aún para el florentino (tal vez porque tiene más presente el pequeño principado “nuevo” italiano que la complejísima burocracia de una monarquía plurinacional), quien llega a expresarse en los siguientes términos:

Un príncipe, pues, no debe tener otro objetivo, ni otra preocupación (...) excepto la guerra y su organización y reglamentación, porque éste es un arte que compete exclusivamente a quien manda; y comporta tanta virtud que no sólo mantiene en su lugar a quienes han nacido príncipes, sino que muchas veces eleva a este rango a simples ciudadanos; y al contrario, podemos ver que cuando los príncipes han pensado más en los refinamientos que en las armas, han perdido su estado (Maquiavelo, 1999: 126).

Contra los peligros que acechan al príncipe indolente o “delicioso” previene también Gracián, con múltiples ejemplos. Ni en tiempo de paz debe dejar el príncipe, según Maquiavelo, de prepararse para la guerra. No tanto porque su modelo de príncipe sea el del guerrero, sin más virtudes que las militares, sino porque –a la manera de las magistraturas de la República romana, que tanto llegó a admirar a través de la lectura de Tito Livio– no existe para él separación posible entre la vida civil y la vida

¹⁰ En palabras de Manuel CARRERA DÍAZ (1995: XXXIII): “Ante una opción entre una lenta guerra de desgaste y otra de acciones rápidas, contundentes y coordinadas, Maquiavelo se inclina por esta segunda posibilidad, convirtiéndose así en el primer teórico de la estrategia de aniquilamiento; hasta el punto de que será necesario llegar a Clausewitz para que la teoría pueda ser mejorada”. Hay que poner de relieve que, en el *Arte de la guerra*, el portavoz de las ideas del autor es Fabrizio Colonna, caballero que ha servido en Lombardía al Rey Católico.

militar. Es más, atribuye precisamente a esa separación, que era la existente entre las repúblicas soberanas y los *condottieri* a quienes éstas encargaron su defensa, la contemporánea postración de Italia bajo el dominio extranjero. Se puede aquí volver a traer a colación a Clausewitz: para Maquiavelo, la ciencia militar no es sino una parte más de la política, de ahí que ocupe una parte tan amplia en el conjunto de su obra (Puigdoménech, 1999: 24).

Gracián parece valorar la educación en las armas más por su necesidad para la formación de un carácter: es al referirse a la infancia del Rey Católico cuando presenta como lo más importante para un monarca el haberse educado en la disciplina de los campamentos. Y, aunque se ocupa de subrayar que la complejidad en el arte de gobernar va mucho más allá de la conducción de las tropas¹¹, insiste en el control directo sobre éstas como una garantía de éxito, pues

todos los príncipes héroes, los que hicieron cosas hazañosas, acaudillaron personalmente sus ejércitos. (...) El ver sus soldados un rey es premiarlos, y su presencia vale por otro ejército (Gracián, 1993-II: 79).

La delegación del poder

Que el príncipe atienda en persona a los asuntos de su competencia es un axioma también de la vida civil, asimismo postulado por Maquiavelo. Gracián, a propósito de la andariega figura de Fernando (quien no fijó su corte en ninguna ciudad), siempre atento a los problemas de sus estados dondequiera que surgieran, afirma “que no es verdadera quietud la que no se consigue con el movimiento necesario” (Gracián, 1993-II: 80). No condena la inmovilidad para gobernar, pero sí advierte que ésta se encuentra sólo al alcance de los más sabios, como el prudente Felipe II.

La necesidad de la delegación del poder en los grandes estados, dadas sus múltiples responsabilidades para una sola persona, es lo que hace a nuestros autores meditar sobre la figura del ministro. A ello dedica Maquiavelo el breve capítulo XXII, mientras que Gracián elogia al Rey Católico (por más que su principal modelo aquí sea Felipe II) a causa de su sabiduría en el nombramiento de sus capitanes, virreyes y secretarios. Coinciden ambos pensadores en dos principios básicos: uno, la importancia de la buena elección del ministro no sólo por la eficacia de su gestión, sino también porque los resultados de ésta repercutirán sobre la fama del príncipe; en segundo lugar, la necesidad de asegurarse la fidelidad de los ministros, haciendo depender del favor del monarca sus posibilidades de ascender, ya que

¹¹ “No tienen algunos por gran príncipe sino al que fue gran caudillo, gran batallador, estrechando el empleo universal de un monarca el especial de un capitán, confundiendo el del superior con el de un inferior. La eminencia real no está en el pelear, sino en el gobernar” (GRACIÁN, 1993-II: 64).

el primer juicio que nos formamos sobre la inteligencia de un señor se basa en los hombres que le rodean; y cuando son competentes y fieles se le puede reputar sabio porque ha sabido reconocer su capacidad y conservar su lealtad. Pero cuando son de otra manera hay siempre motivos para formar un mal concepto de él, ya que su primer error ha sido precisamente esta elección (Maquiavelo, 1999: 164).

... el príncipe, para mantenerle fiel, debe pensar en el ministro honrándole, enriqueciéndole, obligándole, confiriéndole honores y cargos para que vea que no puede vivir sin él (id.: 165)

¿Qué importa que el príncipe sea excelente en sí si los ayudantes le desacreditan? (...) Recaen sobre la cabeza los yerros o los aciertos de los demás miembros; subordinados reyes hubo, en nada aventajados por sus personas, que fueron grandemente célebres por la eminencia de sus ministros (...) y al contrario, reyes hubo eminentes por sí e infelices por sus instrumentos del reinar (Gracián, 1993-II: 82-83).

Conservábalos [a sus ministros] siempre Felipe II el Prudente en artificiosa dependencia, templando sus muchas esperanzas con algo de fruición, que es arte de por sí ésta del saber llevar los ministros, el hacerlos y conservarlos (id.: 83).

Gracián dedica mayor espacio a la cuestión de los colaboradores del príncipe (incluida la figura de la esposa, valiéndose del muy propicio ejemplo de Fernando). Según Gracián, el rey no debe simplemente *elegir* a sus ministros con sagacidad, sino que su deber es “hacerlos”, es decir, ahormarlos en lo posible según su propia personalidad. Influye aquí una característica faceta del Gracián moralista según la cual el “político”, el “héroe”, el “discreto” habrán de saber hacerse atractivos a los demás hombres (mediante un juego de apariencias, de cauta demostración y ocultación de las propias dotes) para saber ganarse su simpatía y voluntad. De todas maneras, con el tiempo Gracián parece adquirir cierta desconfianza con respecto a que el rey por derecho divino no ejerza a solas “este gran empleo de reinar”, y lo comunique a sus ministros, o por lo menos a uno solo. Leemos en *El Criticón* (II, crisis XII) que un rey pide que su corona

... se la sustentase con dos manos un hombre de valor, porque no cargase todo el peso sobre su cabeza, mas díjole el venerable presidente del Parlamento:

-Eso, Sire, más sería tener el otro la corona en su mano que vos en la cabeza (Gracián, 1993-I: 414).

No es difícil imaginar que entre la redacción de *El Político* y la de *El Criticón* media, aparte de una década, la terrible decepción que supuso el fracaso del ambicioso proyecto de gobierno del conde-duque de Olivares, omnipotente ministro de Felipe IV.

La religión y la moralidad del poder

Para terminar, abordemos en un último epígrafe la divergencia probablemente mayor entre Baltasar Gracián y su estudiado pero execrado predecesor Maquiavelo, en cuanto a la actitud recomendada a los príncipes con respecto a la religión y a sus instituciones. Tema siempre delicado a lo largo de la historia, y de capital importancia en los siglos en que floreció el maquiavelismo, en él se habrán de oponer las consideraciones de la religión bien como *instrumento* del Estado, bien como *fundamento* del mismo. Pese a su diversidad en el modo de entender esta realidad, es necesario subrayar un punto común: la religión supone un factor clave para la vital *unidad* interna de la *res publica*.

Maquiavelo escribió su *Príncipe* antes de las grandes guerras de religión que conmovieron los siglos XVI y XVII; siendo coherente con su ideal de eficacia, no sería de extrañar que en tal caso hubiera abogado por la tolerancia, en la línea del bodinismo aludido en el primer apartado. El florentino se muestra partidario de instrumentalizar la religión en beneficio de la gobernabilidad del principado. La unidad de creencias, desde el punto de vista más cínico, da garantías de poder sobre los hombres, como expresa en este pasaje del *Arte de la guerra*:

En la antigüedad, la religión y el juramento que prestaban al entrar en filas contribuían mucho a mantener a los soldados disciplinados. Si cometían una falta se les amenazaba no sólo con todos los males que se podían esperar de los hombres, sino también con los que Dios les podía enviar. Ese recurso y otras costumbres religiosas facilitaron mucho sus empresas a los generales de la antigüedad, y lo mismo seguiría ocurriendo hoy si la religión se temiese y respetase (Maquiavelo, 1995: 123).

El secretario florentino es bien consciente, por añadidura, de que la Iglesia romana a la que él mismo pertenece (y no hay por qué pensar que sin convicción) puede llegar a exigir para su conveniencia medidas inmorales que, de paso, sirven al Estado. Por ello hace alusión, en su ya mencionado panegírico de Fernando el Católico, a la expulsión de los judíos de sus reinos, paradójicamente calificada de “piadosa crueldad”, que tras la guerra de Granada le serviría para emprender mayores empresas fuera de España, contra cristianos y contra infieles. Otro de los logros de Fernando gracias a la conquista de Granada, según el florentino, residiría en haber sabido el rey recabar las fuerzas unidas de la nobleza, el pueblo y la Iglesia.

Se permite Maquiavelo un cierto escepticismo a propósito de ésta, tanto en lo que es su dimensión temporal como en la doctrinal. Es abiertamente sarcástico al tratar en el capítulo XI de los principados eclesiásticos (el primero en quien recaía la alusión era, por supuesto, el del Romano Pontífice) y de su poca ejemplaridad moral al conducir su política. La cita es larga, pero no tiene desperdicio:

... se adquieren o por virtud o por fortuna y se conservan sin la una ni la otra; ya que se apoyan en las seculares leyes de la religión, tan poderosas y de tal cualidad, que mantienen a sus príncipes en el poder sea cual sea su manera de proceder y de vivir. Estos príncipes son los únicos que tienen estados y no los defienden, súbditos y no los gobiernan; los estados, aunque indefensos, no les son arrebatados; y los súbditos, no siendo gobernados, no se preocupan de ello y ni piensan ni pueden sustraerse a su dominio. Sólo, pues, estos principados están seguros y felices. Pero, como están regidos por una razón superior a la que la mente humana no alcanza, dejaré de hablar de ellos; porque, siendo exaltados y mantenidos por Dios, discurrir sobre ellos sería un acto de hombre presuntuoso y temerario (Maquiavelo, 1999: 112).

De los asuntos que no son estrictamente humanos, Maquiavelo rehúye hablar. Al aludir en el capítulo VI a la figura de Moisés como “príncipe nuevo”, no se detiene en ella por considerar que fue un mero ejecutor de los designios de Dios, quien lo eligió por su *virtud* (esta vez en el sentido cristiano, y no en el latino clásico retomado por el tratadista). Y, en medio incluso de la adulación a Lorenzo de Médicis con que cierra el libro, no deja de prevenir contra el exceso de confianza en la Providencia:

El resto debéis hacerlo vos. Dios no quiere hacerlo todo para no arrebatáros el libre arbitrio y parte de aquella gloria que os corresponde (Maquiavelo, 1999: 176).

Baltasar Gracián, en cambio, se alinea plenamente con la que habría de ser la política oficial de los monarcas de la casa de Austria hasta la guerra de los Treinta Años: la religión, como valor de origen divino y eterno, es el valor al que deben subordinarse todas las fuerzas del Estado y los empeños del Príncipe:

La verdadera y magistral política fue la de Fernando, segura y firme, que no se resolvía en fantásticas quimeras. Útil, pues le rindió reino por año. Honesta, pues le mereció el blasón de Católico. Conquistó reinos para Dios, coronas para tronos de su Cruz, provincias para campos de la Fe, y, al fin, él fue el que supo juntar la tierra con el Cielo (Gracián, 1993-II: 69).

Más célebre hizo a Fernando el haber fundado el integerrimo, el celador, el sacro Tribunal de la Inquisición, que por haber establecido su

monarquía. Y ganó más con haber echado de España los judíos que con haberla hecho señora de tantas naciones (id.: 75).

Desde este punto de vista, Fernando el Católico sirve tanto al ejemplo del monarca maquiavelista (manipulador de la Iglesia en su provecho) como al del *defensor fidei* por su triunfo sobre los mahometanos y su actuación contra los judíos. Gracián pasa por alto (*El político* no es una biografía, sino un discurso apologético) el equilibrismo político de Fernando, sin duda bien entendido por Maquiavelo: aliado unas veces de los Papas, otras su adversario, pero que se ocupó bien de distinguir el terreno de lo temporal del de lo espiritual, para no inmiscuirse en el segundo (Belenguer, 1999: 204).

Gracián considera el más grande de los reyes a Fernando porque llevó a buen término sus hazañas en defensa tanto del Estado como de la religión. No es tan optimista como para sostener que los éxitos en un terreno acompañan siempre al del otro; pero, en definitiva, la Gloria y la Fama a las que acaba apelando Gracián no pertenecen a este mundo. En cierto pasaje de *El Criticón*, el elogio va dirigido a quienes, aun a costa de la razón de Estado (la “falsa razón de Estado” en opinión de los moralistas del Barroco), han servido a los intereses de la Iglesia. Los personajes mencionados como ejemplo son Felipe III (desterrador de los moriscos), el recurrente Fernando el Católico y el homónimo emperador de Alemania, campeón de la Contrarreforma en la guerra de los Treinta Años. Al lado de esta piadosa tríada, palidecen quienes han luchado contra herejes e infieles sin llegar a las últimas consecuencias, de donde tal vez podamos entrever una alusión a la moderada política con los hugonotes seguida por los monarcas franceses:

-¡Oh, señor Salastano! -replicó Critilo-, que ya hemos visto algunos de estos [reyes] en otras partes, que han procurado con cristianísimo valor debelar las oficinas del veneno rebelde a Dios y al rey, donde se habían hecho fuertes estas ponzoñosas sabandijas.

-Yo lo confieso -dijo Salastano-, pero temo no fuese más por razón de Estado; digo, no tanto por ser rebeldes al cielo cuanto a la tierra. Y si no, decidme, ¿a qué otros reinos extraños los desterraron? ¿Qué Áfricas poblaron de herejes, como Filipo de moriscos? ¿Qué tributos a millones perdieron, como Fernando? ¿Qué Ginebras han arrasado, qué Moravias despoblado, como hoy día el piadoso Ferdinando? (Gracián, 1993-I: 247).

Conclusión

Puede detenerse aquí la comparación entre los modelos de gobernante de Maquiavelo y Gracián. Éste, pese a sus explícitos ataques al florentino (visibles en determinados pasajes de *El Criticón*, por ejemplo) aparece como un buen conocedor suyo, e incluso coincide con él en diversos puntos de vista. Descubrir hasta qué punto hay en ello disimulo para evitar

suspicias de los censores, o hasta dónde influyen aquí el aluvión de adaptadores de Maquiavelo que escribieron entre uno y otro autor, está fuera del alcance de estas páginas.

Conducen ambas actitudes hacia una particular y bien distinta idea del hombre. Curiosamente, Maquiavelo, el convencido republicano y el exaltador del esfuerzo personal del individuo para ascender al poder, demuestra haber llegado a su método “experimental” y a su pragmatismo por el camino de un áspero pesimismo sobre las bondades morales del hombre. En el capítulo XVII, donde trata de la conveniencia de ser amado o temido, tenemos un fragmento bien significativo de esta actitud, ni mucho menos aislado dentro de la obra:

es mucho más seguro ser temido que amado (...). Porque de los hombres, en general, se puede decir esto: que son ingratos, volubles, hipócritas, falsos, temerosos del peligro y ávidos de ganancias; y mientras los favoreces, son todo tuyos, te ofrecen su sangre, sus bienes, la vida e incluso los hijos (...) mientras no los necesitas; pero, cuando llega el momento, te dan la espalda (Maquiavelo, 1999: 135).

Gracián, en cambio, como moralista y educador, y pese a estar fuertemente impregnado de la concepción barroca del desengaño del mundo, conserva ese optimismo que le lleva a pensar que el hombre es susceptible de mejorar. Si el príncipe es bueno, el Estado y la sociedad se conducirán con bondad. Y, como hemos dicho anteriormente, la gloria del hombre “acabado” (es decir, *perfectus*), paradigma de todas las virtudes, no pasa necesariamente por la detentación del poder. Su valoración de Fernando el Católico, que transmitirá a sus contemporáneos (Ferrari, 1945: 658), culmina en la de hombre de Estado porque previamente es la del hombre discreto, valeroso y captador de la simpatía de los hombres. Si en el Renacimiento había prosperado la idea del hombre como “Microcosmos”¹², Gracián establece el ejemplo, más concreto, del hombre como “Microestado” cuyo principal (o principesco) galardón será el de erigirse en dueño y “rey de sí mismo”, firmemente sentado sobre “el Trono del Mundo” (*El Criticón* II, XII).

¹² Véase a propósito el interesante ensayo de Francisco RICO, *El pequeño mundo del hombre: varia fortuna de una idea en las letras españolas*, Madrid, Castalia, 1970.

Bibliografía

- BELENGUER, Ernest (1999), *Fernando el Católico*, Barcelona, Península.
- BLANCO, Mercedes (1987), "Arte de ingenio et Arte de prudencia. Le conceptisme dans la pensée politique du XVIIe siècle", en *Mélanges de la Casa de Velázquez XXIII*, pp. 355-386.
- BORGES, Jorge Luis (2007), "Francisco de Quevedo: Prosa y verso", en *Obras completas IV*, Buenos Aires, Emecé (pp. 133-140).
- CARRERA DÍAZ, Manuel (1995), Estudio preliminar a Nicolás Maquiavelo, *Del arte de la guerra*, Madrid, Tecnos (2ª ed.).
- EGIDO, Aurora (1985), Prólogo a Baltasar Gracián, *El Político don Fernando el Católico* (facsímil), Zaragoza, Institución "Fernando el Católico".
- FERRARI, Ángel (1945), *Fernando el Católico en Baltasar Gracián*, Madrid, Espasa-Calpe.
- GRACIÁN, Baltasar (1993), *Obras completas*, Madrid, Turner (2 vols.).
- MAQUIAVELO, Nicolás (1995), *Del arte de la guerra*, estudio preliminar, traducción y notas de Manuel Carrera Díaz, Madrid, Tecnos (2ª ed.).
- (1999), *El Príncipe / La Mandrágora*, edición de Helena Puigdoménech, Madrid, Cátedra (6ª ed.).
- MARAVALL, José Antonio (1969), "Maquiavelo y maquiavelismo en España", en *Boletín de la Real Academia de la Historia CLXV-2*, pp. 183-218.
- (1972), *Estado moderno y mentalidad social (Siglos XV a XVII)*, Madrid, Revista de Occidente (2 vols.).
- PUIGDOMENECH, Helena (1999), "Introducción" a Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe / La Mandrágora*, Madrid, Cátedra (6ª ed.).
- TOMÁS Y VALIENTE, Francisco (1982), "El gobierno de la monarquía y la administración de los reinos en la España del siglo XVII", en Ramón Menéndez Pidal, *Historia de España. XXV. La España de Felipe IV*, Madrid, Espasa-Calpe (pp. 1-214).